

Rubén Juste

LA NUEVA CLASE DOMINANTE

Gestores, inversores y tecnólogos.  
Una historia del poder desde Colón  
y el Consejo de Indias hasta  
BlackRock y Amazon

arpa



«Sonreír con la alegre tristeza del olivo.  
Esperar. No cansarse de esperar la alegría.  
Sonriamos. Doremos la luz de cada día  
en esta alegre y triste vanidad del ser vivo».

MIGUEL HERNÁNDEZ



*A quienes se fueron antes de tiempo,  
a quienes podemos salvar a tiempo.  
Para Amelia*



## SUMARIO

INTRODUCCIÓN	15
CAPÍTULO 1. EL LARGO CAMINO DEL <i>MONOPOLY</i>	25
La primera empresa, británica y de comercio	30
Construyendo sociedades y poblaciones	37
El comercio de esclavos y la primera gran crisis	41
El obispo que levantó la estructura de la gran empresa	46
Los borbones se rinden al capitalismo de sociedades	54
El reglamento empresarial alumbra el siglo de las Luces	58
Los inicios del <i>wild west</i> empresarial y la responsabilidad limitada	67
Cuando Rockefeller encontró el agujero de gusano entre poderes	74
El pacto que dio lugar al orden mundial que conocemos	84
CAPÍTULO 2. LOS INVERSORES SON LOS REYES	97
La filosofía de una clase ociosa	100
Warren Buffett, inversor-activista y líder espiritual	109

El núcleo del capitalismo de inversores	113
¿Quiénes mandan a los que mandan?	
Detrás de los grandes propietarios	118
La caja negra del capitalismo poscrisis	119
El imperio Blackstone-BlackRock: dos negocios, un sistema	126
La responsabilidad limitada de los inversores	129
Vanguard y la filosofía de los nuevos corsarios del capitalismo	133
La transición de la América corporativa: propietarios del mundo, uníos	135
Fidelity Investments y State Street Bank & Trust	137
¿Cómo llegaron hasta aquí? Bancos centrales y políticos al rescate	139
Burlando los principios del mercado y la competencia	150
<b>CAPÍTULO 3. EL NUEVO MUNDO DE LOS TECNOINVERSORES</b>	<b>157</b>
Todo empezó con Madoff	162
De Amazon a Facebook: la alianza entre científicos e inversores	166
PRISM, Cambridge Analytica, Libra: el pulso a los Estados	175
El populismo empresarial de Musk y la nueva revolución industrial	183
El sueño de inversores y tecnólogos	191
Toda la ilustración al servicio del nuevo «Investworld»	194
La vida Instagram: adiós a la familia	203



La reacción feminista al nuevo mundo	207
Sexo y género en la era de internet y las redes sociales	215
<b>CAPÍTULO 4. EL EMERGENTE ESTADO DE BIENESTAR</b>	<b>219</b>
Una sociedad sin intermediarios	224
Instituciones que fueron perdiendo utilidad	228
La corrupción como detonante	233
No nos representan, y el grito de una mayoría	238
La era Ramones: todo lo que me importa soy yo	247
Una ola populista contra el viejo mundo	255
El nuevo coronavirus saca a relucir el verdadero bienestar	258
Los tecnoinversores chocan con el nuevo mundo de distancia social	268
<b>EPÍLOGO</b>	
<b>¿QUIÉN PIENSA EN NOSOTROS? CORRESPONSABILIDAD EN TIEMPOS DE RESPONSABILIDAD LIMITADA</b>	<b>275</b>
<b>APÉNDICES</b>	<b>287</b>
<b>NOTAS</b>	<b>297</b>



## INTRODUCCIÓN

«Al final, pues hago lo peor para sobrevivir» confesaba con desesperación una joven, cuya falta de ingresos suficientes le había conducido a barajar la idea de robar en su trabajo o vender sus óvulos. Aunque parecieran palabras propias de la Francia de miserables y desdichados como Fantine o Jean Valjean descritas por Victor Hugo, era Madrid en mayo de 2017, tiempos en los que la corrupción salía a borbotones del partido en el Gobierno (Partido Popular) y las políticas de recortes aplicadas por los mismos parecían una plaga implacable, inevitable, e irreversible. Aquella frase correspondía a una mujer joven, con una voz que destilaba vitalidad y convicción, pero que terminaba apagándose. Otra mujer explicaba que el suicidio de una persona muy cercana a causa de la crisis le impedía volver a recordar el tiempo pasado. En otro caso, una mujer sobradamente cualificada explicaba que había tenido que emigrar junto a su hijo, sufriendo calamidades económicas severas, y teniendo que empezar una nueva vida hasta remontar de nuevo.

Estas voces salían de lo que suelen denominarse como grupo de discusión o *focus group*, y correspondían a mujeres afectadas por la crisis económica, que explicaban cómo su situa-

ción no había evolucionado o se había estancado. No eran las únicas. En otro grupo de jóvenes universitarios, un chico de diecinueve años, resuelto y con mucha perspicacia, cerraba el paso a cualquier proclama positiva: «Nadie nos va a ayudar», «al final nos sustituirán por cajas amigas» protestaba, aludiendo a las cajas automáticas de una conocida firma de alimentación que sirven como alternativa al cajero tradicional. En este tono pesimista, otra joven se quejaba, aduciendo no tener tiempo para ver a su novio y menos aún para tener relaciones sexuales, provocando con su comentario las risas cómplices de las compañeras que la rodeaban. Los horarios de trabajo, y la imposibilidad de vivir en una misma vivienda, decía, ejercían una presión fatal a la hora de consolidarse como pareja.

Desde hace años compagino profesionalmente los estudios de opinión pública con una vocación personal y académica por el análisis sociológico del poder económico. En 2017 publiqué un ensayo sobre las mayores empresas en España, aglutinadas en el índice bursátil IBEX35, en el que explicaba su historia, cómo habían cambiado sus actores principales, sus entidades más emblemáticas, y las prácticas de corrupción más habituales. Aquel mundo empresarial, entendía, no solo involucraba a un conglomerado de grandes corporaciones, sino que afectaba a la vida de la mayoría de la gente. Su gran influencia sistémica se constató con la liquidación de las cajas de ahorro —entidades financieras de carácter social—, una medida aprobada por el Gobierno e incrustada en un torrente de cambios legales que eran la contraparte al rescate de Europa del sector financiero en 2012. Este acontecimiento, según pude constatar en esta investigación, había supuesto un profundo cambio, pues eliminó un actor que había sido accionista, financiador, e impulsor de multitud de empresas grandes, medianas y pequeñas. También, habían sido una pieza clave en la comunidad, a través de proyectos sociales y culturales de su obra social, el patrocinio de eventos deportivos, la financiación de corporacio-

nes locales o autonómicas, financiando el comercio local, o grandes y pequeños proyectos económicos. Pegados a estas instituciones estaban dos partidos políticos que habían tejido extensas redes de complicidad entre ellos y el poder económico. Un secretario general de un partido regional tenía el suficiente poder para facilitar un crédito a un amigo empresario por su influencia en la caja regional —cuyos socios eran administraciones regionales y autonómicas—, construir aeropuertos sin planes de viabilidad, carreteras y radiales que se solapaban, o una nueva ciudad en medio de la nada.

Al seguir el hilo de lo que quedaba de aquellas entidades de ahorro, choqué con unos sigilosos y discretos fondos de inversión. Estos absorbieron lo que aquellas entidades habían amasado durante el fructífero matrimonio con los principales partidos políticos: viviendas, carreteras, centrales eléctricas, prensa, centros educativos, cadenas de ropa y de restauración, locales de apuestas, casinos, centros comerciales, y la deuda de numerosas empresas en España, pues estas entidades tocaban casi la mitad del negocio nacional. La resultante comunidad empresarial tenía en apariencia el mismo aspecto que antes, con sus marcas, su imagen corporativa, y sus productos habituales, sin embargo, detrás de ellos había unos nuevos dueños con un inmenso poder y una filosofía económica desconocida por la mayoría.

En todo este cambio, políticos y empresarios son los nuevos ángeles caídos. Al igual que la aristocracia feudal delegó en el burgués el mando de la modernidad; empresarios y políticos parecían delegar su poder acumulado históricamente: la propiedad y dirección de los negocios, o la distribución y redistribución de los recursos y rentas de un país. Los Aznar, González, Aguirre, habían vendido deuda pública y privada, viviendas, terreno público, empresas de energía y constructoras a grandes fondos extranjeros; también las cajas de ahorro y, con ellas, una herramienta clave para financiarse. Pero no

solo ellos, también exitosos empresarios patrios se habían desprendido de marcas emblemáticas que acababan en manos de fondos de inversión y capital riesgo. Así se hicieron con grandes empresas de alimentación, moda, hostelería, o turismo; y entraron en negocios en sectores clave como el de energía, telecomunicaciones, o la banca; y en ámbitos tradicionalmente públicos como la educación, la sanidad, o el transporte. Frente a ellos, muchos pequeños y medianos empresarios se quejaban de la agresiva política de las empresas tras este desembarco, con guerras de precios que resultaban insostenibles si se quería mantener la infraestructura del negocio, con trabajadores, locales, y facturas que pagar.

Este nuevo panorama aparentemente alejado de nuestra realidad cotidiana es sin embargo muy visible para un amplio conjunto social afectado por la destrucción del viejo orden. Jóvenes, mujeres, o desempleados mayores, clamaban más tiempo para vivir, unos horarios, estabilidad para tener y cuidar de los hijos, mantener una familia, y tener una vida predecible y planificable. Demandas desesperadas que logran explicarse por la existencia de una batería de medidas aprobadas con la llegada de los grandes inversores, que han cambiado las condiciones de vida de millones de trabajadores, en forma de liberalización de horarios, de precios de venta y rebajas, de apertura y cierre de comercios, de despidos, o de subcontratación.

Este cuadro pesimista del nuevo mundo que anuncia trabajadores precarizados y nuevas generaciones parece empujado por unas exigencias cada vez más artificiales, condicionadas por tiempos de ocio frenéticos, modas fugaces, noticias que eran históricas y dejan de serlo, y una competición por conseguir una imagen exitosa en un anfiteatro virtual en el que se pretende competir con las mayores celebridades y más opulentas fortunas. La digitalización de las relaciones sociales está siendo, para muchos, otro acicate más de la brecha social que separa al ciudadano medio del resto del mundo, y una causa

de desencanto y frustración. Nada es lo que aparenta en el mundo virtual, y surge la pregunta de cómo puede ser que todo cambie tanto. La transición digital se abre paso en el tiempo de ocio y en el ámbito laboral, en un país que se sitúa entre los primeros con mayor número de trabajos susceptibles de ser sustituidos por robots.

En la nueva etapa digital, coinciden grandes empresas tecnológicas y emblemáticas empresas analógicas —españolas y extranjeras— promoviendo un modelo social similar, bajo el liderazgo de un actor que se repite como protagonista: grandes fondos de inversión e inversores que sostienen y dirigen, directa o indirectamente estos negocios, y cuyo comportamiento afecta a miles de trabajadores, arrendadores, legisladores, o ciudadanos corrientes. Aparecen sigilosamente detrás de Google, de Facebook, de Apple, de Uber, o de Amazon; pero también de Netflix, de Tesla y de un sinfín de corporaciones. En todo el mundo, están detrás de una de cada dos empresas que cotizan, una cifra que también ha alcanzado nuestro país durante estos años.

Esta transformación del país desde sus cimientos tras la crisis económica y la llegada de los nuevos propietarios ha coincidido con una epidemia global causada por la enfermedad covid-19. En este contexto de crisis solapadas, muchos se preguntaban quién dirigía realmente el país, quién tomaba las decisiones, y si era posible que prevaleciera la salud pública sobre la salud de las empresas. Tras uno de los confinamientos más duros y largos del mundo, todo volvió a una nueva normalidad, volvieron a abrir las terrazas y las carreteras se llenaron de turistas ávidos de mayor libertad. Pero, en el fondo, la situación de estrés social y personal provocada por el confinamiento y el enfrentamiento con una enfermedad mortal había hecho que la gente se cuestionara la razón de una vida frenética, cada vez más virtual y, sobre todo, que mirara con recelo a un sistema político y económico que parecía desarma-

do, incapaz de asumir el control del destino colectivo, lo que llevaba a asumir tácitamente que el poder no se encontraba entre aquellos.

Todo ello conduce a diferentes interrogantes: ¿qué significa el poder que habían llegado a adquirir los inversores y el impacto que había tenido sobre las estructuras políticas y sociales? Y, ante todo, si es posible que este cambio representara un nuevo periodo histórico y el fin de una era, no solamente en España, sino a nivel global.

Los primeros avisos de cambio sonaron al son de la caída de Lehman Brothers en 2008 y el rescate financiero, y siguió con la reciente quiebra de la empresa centenaria de ocio y turismo Thomas Cook, que dejó en tierra a miles de trabajadores, ahorradores y consumidores, además de causar un hondo pesar social por tratarse de colosos centenarios. Eran empresas tan antiguas como la cultura que compartía la población que las lloraba. Detrás de esas caídas asomaban instituciones financieras como BlackRock, Blackstone o Vanguard que dan forma a una nueva clase formada por gestores, inversores y tecnólogos, cuya visión de la sociedad distaba mucho de la de sus predecesores en la cima del poder económico. A diferencia de los viejos empresarios y banqueros, estos no tienen vinculación sentimental o legal con la empresa que tutelan, y están separados por una telaraña de intermediarios entre el inversor y la empresa que difumina la sensación de pertenencia y corresponsabilidad. «*Show me the money!*», gritaba Tom Cruise interpretando al manager Jerry Maguire, en la película de idéntico nombre, un individuo obsesionado por el dinero hasta el punto de no poder construir un proyecto familiar. Puede que no sea solo su abultada cartera lo que les separa del resto de la sociedad, sino una forma de entender la sociedad —en cadena— que deja una sensación de orfandad.

Un cambio de mentalidad que puede haber terminado por penetrar en el núcleo de nuestras sociedades, empujado por la



irrupción de las tecnologías de la información y la economía digital liderada por empresas como Facebook, Uber, Amazon o Google, que se han convertido en centros de interacción y comunicación de millones de personas, trabajadores y empresas; y también en los grandes baluartes de la filosofía inversora. Inversores y grandes tecnológicas cuestionan el viejo orden social, económico y político: sus protocolos, sus reglas, sus circulares interminables; a todo ello le dieron una patada, derribándolo y sustituyéndolo por la cultura social, tecnológica, económica y legal de la «responsabilidad limitada» que llevan allá donde emergen. Una filosofía que implica no responsabilizarse de los trabajadores, propiedades o del territorio en el que operan.

La aparición del coronavirus SARS-CoV-2 puede ser el combustible que acelere el proceso de cambio de época, como fue el tropiezo de Colón con América lo que dio origen al sistema que conocemos. La confianza en sí mismos es ciega, sustentada en su amplio poder y en compañías que poseen la solución al virus, como Moderna o Gilead, propiedad de los grandes fondos de inversión. Los viejos empresarios y políticos se sorprenden ante la actitud altiva de esta nueva clase con hondas raíces, surgida una vez más en un periodo de grandes revoluciones y cuya ambición no es otra que convertir su *wil west* originario en el auténtico nuevo mundo. «*I don't care about this world, I don't care about that girl*», entonaba Joey Ramone, en una canción convertida en banda sonora de la nueva época.

Hoy parece imposible pensar un mundo sin empresarios ni políticos, sin nuestros Florentino Pérez, Mariano Rajoy, Amancio Ortega, Pedro Sánchez o el fallecido Jesús Gil. Son sinónimo de un poder omnímodo, capaz de planificar y ejecutar las obras de infraestructura más impresionantes, levantar ciudades enteras, o de crear y distribuir riqueza entre millones de ciudadanos. Este poder, además, les confiere una

imagen destacada que acapara gran parte de la atención de los medios de comunicación, y les hace formar parte de una *société* que frecuenta lugares exclusivos como clubs de campo, organizaciones benéficas, organizaciones deportivas, partidos políticos, asociaciones culturales o puestos destacados en el Estado y en las empresas. Desde la distancia, parecen formar parte de una misma especie animal; se casan entre ellos, se visten igual, hablan igual y poseen unas habilidades especiales para dirigir enormes estructuras institucionales. Una homofilia que en tiempos de bonanza es aclamada pero que en tiempo de crisis se considera altamente incestuosa, al favorecer que se entremezclen intereses públicos y privados y dan lugar a la denostada corrupción. Pero más allá de las innumerables tramas Gurtel, Odebretch, Noos, Púnica, ERES, etc., que resultan de este matrimonio, su unión ha posibilitado crear a su alrededor una sociedad, conformada por millones de trabajadores y funcionarios públicos, y articulada mediante instituciones que hoy son habituales en nuestra forma de vida: las empresas y los Estados.

En las siguientes páginas se exponen el largo proceso de construcción del poder que llega hasta nuestros días, y su reciente crisis. El primer capítulo analiza la historia de las empresas y sus diferentes etapas hasta la consolidación del *estado de bienestar* y su ulterior crisis. Mientras que el segundo capítulo, trata de desarrollar las características de la nueva clase dominante que estructura la actividad política y económica tradicional canalizada por los Estados y las empresas. Posteriormente, se detalla la nueva naturaleza de las grandes empresas, su forma de entender la sociedad que las rodea, y sus nuevos líderes, los tecno inversores reconocidos por las icónicas GAFAs (Google, Amazon, Facebook, Apple). Y como punto final, en el último capítulo, se explican las consecuencias de estos cambios y los efectos sobre nuestra forma de concebir el mundo y el futuro,

con un predominio de lo emocional sobre lo institucional. Frente a ello, se expondrá la capacidad constructiva del feminismo y la posibilidad real de crear una alternativa sostenible al horizonte desestructurado que nos ofrece el nuevo orden económico. En definitiva, en estas páginas se tratará de abordar, de forma sucinta, la historia de los últimos quinientos años del calendario universal.